

# EL CUADERNO PERDIDO



*Honrar a todo hombre, a todos y cada uno, es honrar la verdad.*

Kierkegaard

*Dejadme que os enseñe a recoger  
Este trigo esparcido en un mismo haz,  
Estos miembros rotos en un solo cuerpo.*

Tito Andrónico



- Lo estoy, sí; desde luego;
- ¿Y la medicina...?
- Atiéndanme: Sí; lo estoy; *desde luego*...
- ¿El derecho...?
- Por supuesto;
- Entonces la silvicultura; ¿le...?
- Enormemente;
- ¿Y...?
- Profundamente...
- ¿O...?
- ¡*Apasionadamente...!*

junto con la acústica marina y la biografía cuántica y la psicogeología, por no hablar de sus respectivas subdisciplinas; pero en lo que *no* estoy interesado, señorita Sujetapapeles —o señor Úlcera o señora Murmullo o Llámame-Carol, todos ustedes—, es en sus preguntas; aunque sus lápices genesíacos, ya estén derechos o ladeados, tengan seis caras, mis estimados definidores: ¡dense cuenta de dónde pinchan!; estoy interesado, casi exclusivamente, en estar interesado, y su interrogatorio reduccionista únicamente pretende acordonar las alas de mi mansión:

—Dígame qué libro le ha causado mayor impacto... el cuento del *orientador profesional* suicida, oh doctor Esfínter; tarea insólita, la de decidir qué *no* ser; así que ahórrrenme sus atenciones, mis estimados devaluadores, pues ya oigo lo que van a decir a continuación: que no pasará mucho antes de que deba ser realista y admitir lo inevitable, y que al final reconoceré la sutil majestad de la moderación; a fin de cuentas, me dirán ustedes, los niños sólo se mueven de modo intencionado tras haber apren-

dido a refrenar sus irregulares contoneos neonatales; aprender a alargar la mano es en realidad un proceso de aprender a no hacer nada *salvo* alargar la mano; pero mi opinión es que dejen que siga el baile; piensen en cómo nos moveríamos si todo ese contoneo innato pudiera enjaezarse:

—Pero usted sabe que eso no es factible; vamos, si hace el favor de fijarse en este galimatías de casillas tachadas...

para que vea la configuración de mi futuro; ni hablar, caballerete; si le digo, agrietado doctor Perilla, que disfruto de un buen rato de juego de la silla, ¿me relegaría usted de por vida a un muelle de carga?; si menciono que, camino de sus elegantes oficinas paneladas, tropecé con una piedra en Hoppe Park, ¿me convierte eso en pica-pedrero?; ahórrense sus análisis de percepción temática y sus test de inteligencia y pruebas de aptitud vocacional para quienes hayan nacido para ser analizados y testados y probados; no me pidan que elija filología clásica por encima de catering industrial cuando *ambas* aparentan ser igual de divertidas; yo quiero ser epidemiólogo forense y jefe de departamento de calcetería masculina: *miren* cómo cuelgan esos de talla 43 a 47 sobre sus perchitas con forma de dos:

—Todo eso es admirable, claro; pero, usted sabe...

—*Pero es que hay tan poco tiempo...*;

De manera que, claro, el asunto se convierte en una cuestión de orden, de organizar bien la secuencia de apetitos; y, de hecho, admitiré preferencias a este respecto; hay cosas que me gustaría hacer primero, proyectos que ansío atacar incluso antes de aquellos que me muerdo de ganas por empezar; por ejemplo, siempre he querido manejar una centrifugadora; eso sí que sería sumamente gratificante: separar leche y crema, reciclar aceite de motor usado, disociar plaquetas y plasma: esa es una vocación honorable; después, tras haberme dedicado a desentrañar un ápice de las irreducibles interioridades de la centrifugadora, me gustaría trabajar en antropología; pues creo, si se me permite decirlo, que puedo aportar mucho a dicha ciencia: efectivamente, creo estar a punto de efectuar sustanciosos y significativos avances tanto teóricos como

prácticos; sí, inquisidores míos, les aseguro que es la pura verdad; pues yo solo, como investigador por libre, he establecido nada menos que una nueva definición de Hombre —sí, de él— de lejos más rigurosa que cualquiera de las propuestas hasta ahora; olvídense de los pulgares oponibles, rechacen el uso de herramientas, depongan la capacidad del lenguaje o del razonamiento abstracto: son claramente insuficientes; mi definición aventaja a la perfección tales aspavientos provisorios en términos de exactitud, exhaustividad y elegancia; y se trata de esta: el hombre es el animal que me a dos veces donde no debería; y cuando se haga pública, cuando este nuevo y robusto paradigma sea difundido y atribuido, ¡estoy seguro de que mi modesta Edwardsville será tan famosa en círculos antropológicos como la Garganta de Olduvai!; ¡se considerará que la dinastía Leakey se ha acercado más a la verdad con su apellido que con sus 57 años de abrasador trabajo de campo!; ¡la uretra de Billy Carter parecerá más trascendental que la mandíbula del homínido Lucy!, y esto es lo que se llama progreso, esto es lo que se considera avance; poner un pie delante del otro, dar un paso tras otro; esto es lo que se considera logro, esto es lo que se supone movimiento...; pero no: esto no es progreso, esto no es logro, muy al contrario: soy una figura sobre una cinta de correr y mis pasos no me llevan a ninguna parte: no me desplazo en absoluto; dejo atrás la calle Bennett, luego la calle Seminole, después continúo por Sunset, los escaparates dan paso a casas de madera podrida que dan paso a la extensión verdosa de Meador Park; pero nada cambia, nada desaparece: no viajo a ninguna parte; únicamente estoy simulando distancia, impostando movimiento: la acción es tan sólo inmovilidad reforzada, esfuerzo que se demuestra impotente...

...Y en todo momento, acompañando cada uno de mis pasos, suena en mi cabeza *El Fotógrafo*, que se derrama incesante a través de los cascos de mi walkman; se trata de una buena pieza, homenaje de Glass a Muybridge, minimalismo llevado al extremo; con sus ritmos repetitivos, constantemente revueltos, la música semeja una ola que no se mueve, una ola detenida; eso es lo que se escucha, la variación e invariación de la ola, no cualquier

melodía emergente: escuchándola no por encima sino desde adentro; estos días, me siento en Meador Park durante horas y horas estudiando la pieza, dándole la vuelta a la cinta una y otra vez para alargarla indefinidamente; y ésta avanza, tan sólo avanza, sin flaquear, sin vacilar ni agotarse con la repetición, sino enriqueciéndose; y conforme avanza —sin flaquear, sin vacilar— la apresurada pieza se convierte de golpe en banda sonora de lo que estoy observando, independientemente de lo que sea: las diferentes inclinaciones de los sombreros de los abuelos, las rachas de viento que estrían la hierba del parque, el centelleo de las ruedas de los cochecitos de bebé, niños ahorrajados sobre el borde de la fuente mientras pulsan el botón del agua y adelantan los labios; la música se adapta a todo ello a la perfección, de manera asombrosa, como acompañamiento absolutamente idóneo, espíritu de la visión convertido en sonido fluente; además, opera igual de bien en la dirección opuesta: cualquier cosa que observe funciona también como ilustración perfecta del incesante parloteo ondulatorio de *El Fotógrafo*; todo acontecimiento y gesto incluido en mi campo visual —el revuelo de radios de bicicleta, el rodar de pelotitas de goma por el verde rugoso— parece surgir de algún imperativo oculto en esta música inaudita: vista y sonido poseen propiedades adhesivas con las que nunca antes había soñado...

...Se trata, en realidad, de una cuestión de fondo y figura, de aprender a integrar las dos: de conectar el paisaje al ciprés con forma de llama encajando éste en aquél, de considerar al Mundo junto con Cristina: de disolver patrones en partículas...; y yo, para empezar, me encuentro perfectamente posicionado para realizar tales investigaciones: soy o bien una blanda colección de tela vaquera, tejido de algodón, zapatillas, carne adyacente y walkman que se desliza con rapidez por las calles de Springfield, apenas perceptible en sus tránsitos aleatorios, o bien un individuo introspectivo de diecinueve años ligeramente encorvado que acaba de perderse de vista; depende de a quién se le pida la descripción: si a mí, o a cualquier otro en el mundo *excepto* a mí; fondo y figura; fondo o figura; aunque ¿quién, desde Muybridge, *observa* siquiera el fondo?; y Cristina era una lisiada,



## CEDA EL PASO

A paso tranquilo, cruzo la calle Grand, luego la calle Catalpa, después Bennett, dejo atrás asadores de suelos sin barrer, aparcamientos públicos desatendidos, escaparates manchados y abarrotados de tiendas de parafernalia heavy-metal, la chupitería de Denn y el supermercado de conveniencia Four Roses; y aun cuando para mí estas calles y sus peculiaridades exacerbadas no han hecho sino desaparecer, el hedor de los gases del autobús número 5 me atraviesa, aunque aguante la respiración; no hay escapatoria de ti, civilización; te cueles hasta por orificios nasales tapados a conciencia; cuando no pude consentir en ir a la universidad, conseguí un empleo en el Cinco de Mayo; cuando ya no pude soportar seguir sirviendo tacos prefabricados calentados en el microondas, fui a Pequeños Electrodomésticos Sterne; cuando ya no tuve fuerzas para charlar con mandos de garajes y batidoras de 17 funciones cuando exactamente los mismos aparatos estaban disponibles a precios invariablemente más baratos en el DC Pritcher de la vuelta de la esquina, me descubrí en la Farmacia Raider; cuando ya no pude aguantar los crueles comentarios de Jim Raider sobre los clientes, proferidos nada más salir éstos por la puerta, me fui a casa y contemplé uno de mis libros ilustrados de M.C. Escher; pesado y encuadernado en celofán reluciente, el libro comienza con una sección sobre la historia del teselado, desde los mosaicos bizantinos hasta Escher y su progenie; sí, sé que Escher no vale nada y está sobreexplotado comercialmente y es bazofia, que es el antiarte, que los árbitros han arbitrado en su contra, pero fue sentarme e ir pasando las páginas y las intrincadas litografías comenzaron a cautivarme; y conforme fui enredándome más a fondo en las lazadas y refracciones dimensionales de Escher, pasé otra página y supe que tenía que venir aquí: afuera, al otro lado: entre medias, pero en definitiva salir; encontrar la invisibilidad mediante una nueva presencia; desaparecer mediante la afirmación, mediante la autoafirmación: al otro lado, afuera...

...Así que ahora me desplazo por ti, civilización, como un electrón: entre tu clamor y tu industria, tu or-

dinarez y tus acuerdos compartidos, soy una mota que gira y se mueve en círculos, de carga negativa; sin existencia mensurable salvo estadística, estoy en todas partes y, por tanto, en ninguna; llevo ocho días seguidos evitando el escrutinio; recorro el distrito de la calle Walnut o me detengo en la calle Glenstone fingiendo esperar el autobús, y me como los restos impregnados de poliestireno de los contenedores de basura y los restos rebañados de bizcocho de chocolate de mesas recién desocupadas en las cafeterías donde entro al baño, pero no he sido parado ni una vez por la policía: no ha habido sirenas, ni altos para interrogatorios, ni comprobaciones de identidad, ni miradas casuales y provocadoras de hombres severos con indumentaria de seguridad; de ninguna manera han alterado mi órbita; en otras palabras, han admitido por completo mi invisibilidad...; aquí y ahora he consumado por fin mi tendencia hacia la no existencia, de hecho la he llevado hasta niveles de perfeccionamiento impredecibles; ahora mi única función en este mundo es ejercer de receptáculo para la prueba de que soy intrascendente; cada experiencia que acumulo no es más que otra pasada de un borrador; y la experiencia es interminable...

...Por ejemplo, hace cinco noches: hace cinco noches decidí, tras tres días completos en el exterior, regresar: para investigar; me apetecía comprobar lo ocurrido en el punto central conocido como *mi casa*; de manera que tras una noche de vagar sin rumbo por el centro —en la que me entretuve preguntando itinerarios hacia calles inexistentes—, pasadas las diez, me di la vuelta: moviéndome con rapidez, tomé una retorcida ruta de calles secundarias menos transitadas y experimenté la granulosa transición del dominio público urbano-indiferente al despejado de *mi barrio*; entonces ralenticé el paso considerablemente; al llegar a mi manzana, rodeé la oscura esquina casi como si siguiese a alguien, avanzando por el borde con pasos ínfimos, obligándome a contener la respiración; y cuando por fin doblé hacia mi hogar de dos plantas, esto es lo que vieron mis ojos vortiginosos: ningún coche patrulla aparcado frente a la casa con luces giratorias en el techo; ningún vecino vigilante tras ventanas a contraluz; ningún familiar recién llegado; únicamente la

acostumbrada penumbra frondosa amortajaba la verdigrís vivienda colonial, envuelta por la vacilante quietud suburbana; nada había cambiado; nada era diferente; no había nada fuera de lugar; había atrapado a la invisibilidad *en acción*...

...A continuación, permanecí afuera durante unos minutos, oculto tras un árbol de la acera de enfrente, y me limité a observar; y entonces decidí que tenía que entrar; tenía que ver si todo ello no era más que simulación y fachada, buscar signos concretos de mi propia ausencia; de modo que me aproximé a la casa con cautela, despacio, arrastrando los pies por la acera, y fui subiendo poco a poco la entrada de cartón piedra; pero la cerradura de la puerta se destrabó con facilidad ante mi llave, como siempre había hecho, y el vestíbulo continuaba flanqueado por los mismos y familiares armarios; más aún, en el salón, la alfombra conservaba su desgaste fibroso delante del sofá bajo donde mi madre se sienta a ver la tele, con su sempiterno cenicero colocado sobre la mesa de plástico y patas de metal de al lado; en otras palabras, nada era diferente, nada había cambiado: era imposible afirmar que yo había estado fuera tres días completos; objetos, mobiliario, todo seguía en su lugar, y mi no presencia no había hecho nada para alterarlo; no había ningún rastro —de ninguna clase— de mi invisibilidad...

...Pero entonces surgió la pregunta: ¿por qué debería haberlo?; ¿por qué *tendría* que haberlo?; mi madre trabaja como adjunta del administrador nocturno del Lakeland Regional Hospital y su empleo la obliga a estar fuera seis noches a la semana, con bastantes horas extraordinarias; de ahí que la situación en mi casa, aquella tranquila noche, estuviera totalmente dentro de una tradición aceptada: durante los últimos diez años mi madre y yo hemos pasado con frecuencia los días sin vernos; encerrados en nuestros horarios complementarios, empujamos cuadrantes opuestos de una puerta giratoria, en una pirueta permanente que hasta Straussler llegaría a admirar; claro que había encuentros ocasionales, y de vez en cuando yo adquiriría consciencia de una de sus colillas de cigarrillo doblada en el cenicero, o de una revista desplegada encima del sofá, y siempre se podía contar con que la nevera es-

tuviese provista; pero virtualmente nuestras órbitas nunca intersecaban; de manera que aquella noche, en aquel momento, allí dentro, bombardeado por la inalterada invariabilidad de mi casa, caí en la cuenta de qué tenía que hacer: saqué un cartón de zumo de naranja de la nevera y lo coloqué sobre la encimera de la cocina, justo encima del borde metálico del fregadero; hice que incluso sobresaliera sobre el seno de éste; luego cogí una de las sillas de la mesa de la cocina, cuyo mantel de plástico de dalias estampadas tenía quemaduras de cigarrillo como lunares, y la puse en el salón, justo en medio de la estancia; estas cosas, sospechaba yo, se advertirían, desde luego que serían advertidas; y a renglón seguido me marché, cerrando la puerta al salir, de vuelta a la noche y al viento acariciante, con su frescor y dócil movilidad, su oscura claridad, al silencio que deriva de la profundidad y no del confinamiento; en otras palabras, volvía a estar afuera: afuera, en mi lograda invisibilidad...

### SE AVISA GRÚA

Estos días me pregunto a menudo —cuando contemplo el escaparate de una tienda de discos, o al pasar junto a un kiosco de prensa abarrotado— si respondería al oír mi nombre pronunciado por alguien: si involuntariamente me giraría hacia el sonido del yo, o incluso si sentiría la vieja vibración esofágica del reconocimiento potencial; lo dudo; me parece como si esa clase de atención estuviese perdiendo vigencia (y, en consonancia, casi no me importa); pero la cosa no acaba aquí: ya apenas soy capaz de alinearme con lo genérico: es difícil sentirse como un fugitivo cuando nadie ha reparado en que te has ido; estar supeditado se torna problemático en la esfera de los sin rostro...

...Es como aquella vez de hace unos cuantos veranos —creo que tenía quince años— cuando metí la bicicleta en la gasolinera Getty de Andy para inflar las ruedas: por entonces tenía una Raleigh roja, sin guardabarros, de diez velocidades, con un reluciente cambio de marchas cromado Derailleur, y la cuidaba bien (había sido un regalo de un cumpleaños anterior); me pasé las tardes de

todo aquel verano subiendo y bajando la colina hacia el Ritter Springs Park, con sus laderas verdes y su kiosco abandonado; pero mediada la estación el pedaleo de la bici se había endurecido y un día, tras llegar al parque, comprobé las gomas y las encontré flojas; por eso, camino de casa me detuve en el establecimiento de Andy; la gasolinera tiene un compresor rojo sangre al otro lado del garaje, y aunque en el letrero que hay encima pone 10¢, se trataba más de una manera de intimidar al no avisado que de un requisito real; así que, sin molestar a nadie, fui hasta el inflador, me apeé del pegajoso asiento de la bici, bajé el caballete y comencé el agradable ritual: giré cada una de las ruedas para situar sus respectivas boquillas de aire en la base, después fui a por la manguera del aire; ésta colgaba enrollada y flácida de la horquilla de metal suspendida del inflador; con aplomo silencioso, localicé la punta abombada de la manguera, hincé una rodilla en el suelo y conecté la perilla cromada a la rueda delantera de la bicicleta; al momento, la goma comenzó a hincharse con las 45 libras de presión entrantes y el cuadro de la bicicleta se elevó perceptiblemente; aquel era, repito, un proceso agradable: yo había efectuado una conexión eficaz, el inflador resoplaba y resonaba en un arrebatado de generación etérea, cuando, de la nada, alguien me agarró el brazo, me alzó y me dio una sacudida tan brusca que solté la manguera del aire y ésta se alejó serpenteando y siseando por el suelo; por un instante pensé que Andy se había cabreado porque yo no había pagado los diez centavos, pero entonces la mano áspera de un hombre me agarró la cara y bajó hasta la boca; seguidamente el hombre me apretó la garganta con fuerza, provocando que me ardiera la piel e impidiéndome chillar; y después me giró en redondo hacia la gasolinera, momento en que vi a Andy, al viejo y flaco Andy, salir disparado de su oficina anexa al garaje; Andy se detuvo en seco, clavó una mirada demente en mi dirección y titubeó nervioso; entonces, con una mueca de espanto en la cara, levantó despacio las manos...

...El hombre que me retenía llevaba una pistola en la otra mano; la vi por el rabillo del ojo un momento antes de sentir su fría dureza crujirme sobre la sien; apretada

contra mi cara, la pistola era dura de una manera que parecía absoluta, quebrantadora, más allá de toda discusión, y fría de un modo que parecía total y permanente; el hombre me retorció entonces para colocarme directamente entre él y Andy, el cual tenía las manos extendidas y los ojos como platos, y luego hubo un silencio y luego oí la manguera expulsando aire y luego hubo palabras: *Eh y Venga y Deja que se vaya*; el hombre de la pistola comenzó entonces a retroceder, tirando de mí por garganta y barbilla, y vi que Andy se estaba inquietando y se frotaba la mejilla enrojecida; pero entonces una ranchera roja se desvió de la carretera 44 y fue hasta la isleta de surtidores, y el hombre de la pistola me levantó aún más por la garganta hacia su duro pecho; Andy, sudando y masculando, comenzó a pasear la mirada de la isleta a nosotros, y el hombre de la pistola comenzó a exhalar *mierda... mierda...*, y la piel de la garganta me ardía y mi sien se separaba erráticamente del cañón metálico de la pistola y volvía a golpearlo dolorosamente, y yo pensaba que aquello era más bien interesante: se parece a estar en una película y es más bien interesante; la cosa tiene bastante atractivo; pero entonces el conductor de la ranchera roja sacó la cabeza por la ventanilla y exclamó *Eh, Andy*, con lo cual Andy se alteró algo más y comenzó a retroceder hacia su oficina sin decir nada; y entonces, de repente, el motor de la ranchera se encendió y ésta arrancó marcha atrás rodeando los surtidores de gasolina, seguidamente se lanzó al frente y salió disparada por la carretera 44; y mientras el vehículo desaparecía, pensé en la bala de la pistola del hombre: vi la bala ante mis ojos en un corte transversal asombrosamente preciso, sumamente aumentado pero meticulosamente exacto: el puntiagudo proyectil, resplandeciente dentro de su ceñida tolva, vetado y listado de luz reflejada; y luego pensé en cómo la bala sería impulsada por el espacio: cómo una mínima porción de masa estallaría y desencadenaría una progresión de Zenón y alcanzaría la pura continuidad antes de introducirse en carne de vísceras desgarrable; y estaba pensando en lo que sería tener una herida semejante, levantarme el faldón de la camisa en la escuela y tener vendajes que enseñar, pinceladas blancas en el vientre, cuan-

do un impulso tremendo, *Argh*, me catapultó al frente y el cuello se me dobló hacia atrás y me desplomé sobre el pavimento y mi rostro al completo se puso a llorar; y luego, tras un intervalo fugaz, tenía a Andy encima, mirándome desde arriba sin más, escindiendo la luz del sol y balbuceando *¿Estás bien?, ¿estás bien...?*; pero no me tocó; ni siquiera se agachó; y desde mi retorcida posición sobre el asfalto miré por encima del hombro y vi al hombre de la pistola corriendo hacia un sedán gris que aguardaba en la carretera; acto seguido se montó de un salto en el asiento del copiloto y el coche se fue; y luego, con una rapidez milagrosa, ya estaba; eso había sido todo; aquello se había acabado y las cosas volvían a ser como siempre; Andy ni siquiera quiso molestarse en llamar a la policía —dijo que a ellos no les interesaban esta clase de cosas—; tan sólo me ayudó a incorporarme, revoloteó la mano por delante de mis pantalones para ayudar a limpiar algo de gravilla y volvió a su oficina; yo, por supuesto, me encontraba bien; el hombre de la pistola sólo me había empujado, eso había sido todo; tenía manos fuertes pero no hubo ningún daño y, claro está, no había habido ninguna bala: evidentemente no me habían *disparado*...; no hubo nada parecido; así que acabé de llenar mi bici de aire invisible y me fui a casa; y de este modo terminó mi carrera como rehén —breve, inconclusa, con consumada intrascendencia: un no-acontecimiento perfeccionado en todo su potencial, nuevas tendencias en invisibilidad contemporánea—

## CIERRE LA PUERTA

Vago sin rumbo por un pasillo... recorro sin dirección este pasillo en penumbra, dejo atrás estanterías repletas de cajas de cereales de colores circenses, carne picada enlatada, barras de pan enfundadas en plástico fantasmal, muñecos Big Jim relucientes, paquetes de mojitatas galletitas Pepperidge Farms, un gran galimatías de zanahorias y guisantes... un supermercado tan pequeño, nada más que un delicatessen de una calle normal, pero con una comercialidad tan vehemente... *agárrame*, dice todo, y *éligeme*, y *tienes que cogirme*... y yo lo hago... lo hago... pues estos